

Katsi Cook (mohawk) – “La llegada de Anontaks”¹

En esa época, vivíamos en las montañas de Adirondack en el territorio mohawk. Vivíamos en una cabaña en la cima de una colina elevada sobre un valle ancho, largo, y estábamos rodeados por millas y millas de tierra salvaje. No teníamos ni agua corriente ni electricidad. Usábamos lámparas de querosene y prendíamos leña para cocinar y calentar la casa y traíamos el agua de un arroyo al pie de la colina cargando un yugo al hombro con dos baldes de cinco galones cada uno. Vivimos allí durante todo mi embarazo y un ciclo de estaciones. En el otoño, cortamos leña. En el invierno, el antiguo camino de tala que llevaba a nuestra casa quedó bloqueado por las nieves y los árboles; cuatro veces por semana caminábamos casi dos millas de nieve profunda con nuestros dos hijos hasta el camino campestre donde vivían nuestros amigos Sotsitsowah y Carol. En la primavera y el verano, las frutas y las bayas eran abundantes. El aire fresco de montaña y el agua pura nos fortalecían.

Nos sentíamos privilegiados por vivir en un lugar que nos recordaba el espíritu y el poder del mundo natural todo el tiempo. Las exigencias de un estilo de vida en armonía con la tierra se oponían directamente a la obligación que tenían nuestras familias de producir el periódico internacional más importante y antiguo para los pueblos originarios y naturales, *Akwesasne Notes*. Había un generador inestable que mantener, mensajes que llevar, y estábamos comprometidos con la lucha continua de los mohawk de Akwesasne contra la jurisdicción del estado de Nueva York en nuestras tierras. Nuestros hombres siempre estaban viajando a Akwesasne para participar de las reuniones y negociaciones. Cada edición del periódico compartía las últimas novedades sobre la lucha de una nación por la soberanía, lucha que en la primavera y principios del verano de la década de 1980 fue particularmente tensa. La policía estatal estaba en todos lados, arrestando a los guerreros mohawk. Pero para el 8 de junio, a pesar de las presiones políticas y las amenazas militares que padecía nuestra nación, mi hijo, el puercoespín, empezó a hacerme entender que quería nacer.

El 8 de junio fue un día claro y luminoso. Estuve toda la mañana afuera cortando leña y removiendo la pila de abono. A la tarde, sentí una presión fuerte y constante en mi espalda y abdomen. Ya estaba “avanzada” y sentía que llevaba al bebé entre mis rodillas. Cuando me sentaba a descansar, la presión disminuía. Miré mi flujo cuando fui al baño que estaba afuera y vi dos manchitas de sangre. Aunque el “signo de sangre” es uno de los signos de la inminencia del trabajo de parto, no me emocioné demasiado porque con mi segundo hijo, Tsiorasa, vi lo mismo y no nació hasta una semana después.

A pesar de la presión, me sentía con energía. La luna era nueva. Decidí que seguramente estaba en la primera etapa del trabajo de parto cuando vi a mi marido Jose trabajando tanto. Se comportaba como un pájaro que construye su nido. Estaba subiendo la cuarta carga de agua cuando el sudor apareció de pronto. Era una colina empinada; la llamábamos “colina cardíaca”. Apoyó los baldes en el piso y preguntó:

—¿Qué te parece?

—Estoy perdiendo el tapón mucoso.

—Tenía la sensación de que iba a ser hoy —dijo—. Tranquilízate.

—Me siento con mucha energía, no me puedo sentar tranquila. Además, es difícil saber. Tal vez faltan tres horas o tres días. Por cierto, el puercoespín volvió ayer a la noche. Masticó una alfombra que estaba colgada de la cuerda y una silla que estaba en el porche. Tenemos que conseguir un salegar antes de que se coma todo y nos deje sin casa ni hogar.

¹ Traducción de María Fernanda Suarez

Literatura Norteamericana

Esa noche, Sotsitsowah, Carol y sus dos hijos, Charlene y Forrest, subieron la colina de visita. Luz y Mary, dos amigas, también habían venido ese día para ayudarme con los chicos y la casa mientras yo daba a luz. Se quedaban en la cabañita detrás de la nuestra. Nos sentamos todos juntos a la mesa y nos reímos y bromeamos y comimos la gran ensalada de espinaca que yo había hecho. Forrest quería saber sobre el puercoespín. Empezamos a hablar de animales, de este bosque que era su hogar también. En muy poco tiempo, armamos una gran historia sobre un puercoespín gigante.

Las montañas Adirondack es una de las zonas de Norteamérica más afectada por lo que se llama “lluvia ácida”. La contaminación industrial que viene de las chimeneas del medio oeste causa esa lluvia mortal. Los vientos del oeste llevan las lluvias que después caen sobre las montañas Adirondacks. Como resultado, muchos de los lagos se están destruyendo; los peces se están muriendo. Como pasa con muchas de las catástrofes que plagan la existencia moderna, la lluvia ácida es algo que solo podemos contemplar seriamente si lo hacemos con humor.

Esa noche hicimos un cuento fantástico. Se había descubierto recientemente que las lluvias ácidas eran las responsables de una mutación genética entre los puercoespines. Los puercoespines se estaban haciendo gigantes, con espinas de diez pies de largo. Se estaban comiendo todos los bosques, empalando a los humanos que se metían en el medio y abriéndose paso con las bocas hacia el sur, a la Ciudad de Nueva York. Eran enormes, con apetitos voraces. La corteza ya no les bastaba... ahora ansiaban cemento. ¡Era horrible!

—Forrest —dijo Sotsitsowah a su hijo de diez años—, ¡oigo uno afuera!

Forrest levantó la mirada, con los ojos bien abiertos. Después se tapó los oídos.

—¡Basta! Terminen con esta historia estúpida!

Todos nos descostillamos de la risa.

Me estaba riendo cuando lo sentí —una onda suave que empezaba en la pelvis y que me iba agarrando hasta llegar a la parte baja de la espalda—. Todos los que estaban en la mesa se dieron cuenta del cambio en mi cara y, finalmente, la sensación de que algo me agarraba se desvaneció tan inesperadamente como había aparecido. Sabía una cosa: esto era real.

Después de que se fueran todos, prendimos un fuego y mandamos a los chicos a dormir. Me senté en mi mecedora. Un patrón regular de contracciones barría mi abdomen. Todavía eran suaves. Tomamos el tiempo y eran cada seis minutos.

En la cama, dos horas después, desperté a mi marido. No me podía dormir. Las contracciones eran cada vez más fuertes. Jose me preparó un baño caliente y un enema y revivió el fuego. Fue a buscar a las mujeres en la otra cabaña.

Era una noche oscura y muy tranquila. Había un caminito entre los árboles hasta la barraca. Mi esposo caminaba despacio y entonces lo oyó —el puercoespín—. Estaba masticando un pedazo de madera al lado de la puerta de la cabaña. Jose apagó la linterna y se quedó de pie en la oscuridad. Si alguna vez vieron un puercoespín de cerca, saben que no hay que discutir con ellos. Son lentos pero tiene espinas largas y filosas que pueden ser muy dolorosas. Más tarde, Jose me contaría que lo oía masticar. Consideró tomar el arma pero después no le pareció lo correcto, no en esa noche de nacimiento.

—¡Puercoespín! —llamó Jose, apuntando al puercoespín con la luz de la linterna.

Puercoespín levantó la mirada, las espinas erizadas.

—Mi esposa está en trabajo de parto y necesita a esas mujeres para que la ayuden. ¡Déjame pasar!

Literatura Norteamericana

Puercoespín retrocedió, lentamente, después dio la vuelta y caminó, balanceándose, dentro del bosque. En la casa, yo estaba dando vueltas en bata. Había llamado a mi tía en la reserva y le había pedido que mandara a mi hermana Saka y a mi prima Beverly para que me ayudaran. Intenté recostarme pero de pronto un escalofrío inundó mi cuerpo y no pude entrar en calor. Me quedé de pie al lado del fuego. La lámpara de querosene irradiaba un resplandor cálido en las paredes de madera oscura que en poco tiempo se convirtieron en un mural de sombras de personas que se movían, haciendo té y café, preparando todo para el parto; una sensación de expectativa crecía sobre todas las cosas.

Volví a la cama a descansar y quedarme calentita. Me sentía bien y completa. Habíamos estado esperando a este nuevo bebito por mucho tiempo. Era nuestro tercer hijo y sabíamos con exactitud cómo queríamos que fueran las cosas. Nos habíamos preparado. Habíamos cuidado de nuestro hogar; lo mantuvimos limpio en el plano físico, emocional y espiritual. Nuestros amigos y familias que iban a ser importantes para nuestro hijo y que iban a cumplir algún papel durante su crecimiento iban a estar ahí para darle la bienvenida al mundo.

Durante mi embarazo, una consciencia de las formas del mundo natural fue en especial importante para nosotros. Fue una parte integral de los cuidados prenatales. En los bosques, aprendes a moderar tu ritmo y a aferrarte a tu fuerza. Trabajas mucho y te sientes bien y no tienes nada de qué quejarte. Mantienes los sentidos y el corazón abiertos y aprendes las leyes naturales.

Por ejemplo, a menos que conozcan la sensación de caminar entremedio de los pinos hasta un arroyo fresco y puro de montaña por agua para preparar la comida de su familia y lavar a sus hijos, quizás resulte difícil apreciar el espíritu y la vida que es el agua. Hacíamos lo que nos había dicho que hiciéramos el anciano de Ottawa que había tallado a mano el yugo de fresno: “Cuando estén buscando agua, hundan el balde en el arroyo en la misma dirección en la que fluye el agua; por respeto al espíritu del agua, no lo hundan contra la corriente”.

Recostada, pensé en la fuente del nacimiento que había crecido dentro de mí durante el embarazo y que ahora protegía a mi bebito durante su pasaje. Incluso nuestra actividad diaria de conseguir agua nos había enseñado una verdad que me iba a ayudar en el parto del bebé. Mientras olas tras olas de contracciones barrían mi espalda, abdomen y pelvis, yo intentaba relajarme, abandonarme en la corriente y dejar que el cuello del útero se abriera. Lo peor que puede hacer una mujer en trabajo de parto es tensarse, luchar contra los músculos que están para contraerse y expulsar al bebé.

Una hora después, llegaron todos: mi hermana Saka, que había asistido los partos de mis otros dos hijos; el marido Ray; mi sobrino Rasennes; y Beverly, nuestra prima y partera. Sentí la llegada de las dos mujeres mientras pasaban por el resto de la casa hasta la habitación. Era como una caravana de dos y toda la provisión de energía que tenía la casa parecía acompañarlas.

Mi trabajo de parto se intensificó. Beverly me tocó por dentro para controlar la dilatación así yo tendría una idea del progreso que estaba haciendo.

—Estás en ocho centímetros, Kats —anunció—. Las membranas se están inflamando.

Mis piernas temblaban y tenía frío. Saka puso calcetines calentitos en mis pies y me abrigó con su bata vieja. Mi hija de seis años, Wahiahawi, que también había nacido en casa y había participado en otros nacimientos, entró en la pieza. Se estaba frotando los ojos y me tomó la mano y dijo con un tono dulce:

—Mami, ¿está por venir el bebé? ¿Puedo alumbrar con la linterna cuando salga la cabeza?

Afuera de mi ventana, podía escuchar al puercoespín que masticaba y caminaba en el porche del frente. Así que había vuelto. Estaba pensando en el puercoespín cuando el temblor de las piernas

Literatura Norteamericana

se propagó por todo mi cuerpo y sentí que me tenía que estirar. Me levanté y me senté en la bacinilla que estaba cerca de mi cama. Se sentía bien estar en cuclillas durante las contracciones. Estuve en trabajo de parto por varias horas, alternaba entre caminar, recostarme y ponerme en cuclillas en la bacinilla. Los dolores eran increíblemente intensos y, por un rato, Saka me ayudó a respirar cada vez que aparecían. Me acordaba de ella en el nacimiento de Hawe, arrodillada cerca de mí, con lágrimas en los ojos. Ella no sabía cómo ayudar. A partir de ese día, se había convertido en una gran asistente de parto. Ahora, sus ojos me ordenaban que resistiera.

Beverly controló el latido del bebé y la dilatación del cuello del útero.

—Ya estás, Kats —dijo.

Jose se sentó en la cama frente a mí y me arrodillé en el piso con los brazos doblados sobre su regazo. Detrás de mí, del otro lado de la ventana que daba al oeste, por encima de la niebla y las montañas, se veía el sol saliendo. Sotsitsowah había venido y estaba afuera quemando tabaco indio. Con cada contracción, sujetaba los hombros firmes de mi marido y concentraba toda la energía que salía de mi útero en masajearlo allí. (Después de eso, le dolieron los hombros durante días.)

Las contracciones eran fuertes y muy dolorosas ahora. Pero también eran muy, muy cortas. En cuanto empezaba a sentir que no aguantaba más, desaparecían. Siguió así un rato hasta que me descubrí y me di cuenta que estaba reteniendo al bebé dentro de mi cuerpo. Me daba miedo el pasaje del bebé entre los huesos. Sentía que iba a explotar. Así que me dije a mí misma:

—Deja que el bebé baje, Katsi. Relájate. Déjalo ir. Deja que el bebé baje.

Dije: —Voy a romper fuente.

Por primera vez, pujé con fuerza y, en la siguiente contracción, la bolsa se rompió y se formó un charco de agua clara con pedacitos de vérnix caseoso en las frazadas y almohadas que había debajo de mí.

—¡Muy bien! —dijo Beverly.

—¡Voy a pujar para que salga! —me dije en voz alta.

—Hazlo y puja —dijo Beverly.

Había tenido la intención de sacar la cabeza lentamente, con cuidado, y guiarla con las manos. Pero tuve una contracción enorme y ¡paf! Sentí al bebé deslizarse fuera de mí hasta la pila que había debajo.

Beverly agarró el bulto oscuro y redondo.

—Tienes un hijo, Kats —dijo—. Es hermoso.

Lloré de felicidad y alivio mientras me estiraba entre mis piernas para recibir a mi nuevo hijo. Seguía conectado a mí por el cordón umbilical. Me acomodé en la cama y me recosté y lo puse en mi pecho.

Habían pasado tres horas después del nacimiento. Me había quedado dormida con mi nuevo hijo en los brazos. Me desperté porque sonó el teléfono. Era una de las nuestras del campamento de Raquette en el río St. Lawrence. Tenía la voz seria.

—La policía estatal se está desplegando de nuevo —dijo—. Golpearon a más personas. Y están preparando el escuadrón de matones vigilantes. Creemos que están intentando montar el terreno para otro ataque. Necesitamos que ustedes vengan en seguida.

Esa vez estaban en problemas en serio. Un ataque contra nuestro gobierno tradicional en manos de la policía del estado de Nueva York, ataque que duró casi tres años, estaba llegando a una

Literatura Norteamericana

crisis. Yo no tenía ninguna duda de que iba a seguir a mi familia a la reserva e iba a instalar en la casa de mi hermana. No me podía quedar en las montañas preguntándome, preocupándome por cómo terminaría ese día que había empezado tan precioso. Enterramos la placenta en la tierra marrón y rica debajo de un cerezo grande con una oración para que todo siguiera un buen curso en la reserva y para que no se perdiera ninguna vida.

Reunimos a la familia y empezamos el viaje hasta el camino y después a la reserva.

En mi comunidad, trabajo de partera. Así que es natural que cada tanto alguien me pregunte qué pasa cuando aparece alguna complicación en el parto. En esas ocasiones, no puedo evitar sonreír para mí. Muchos están condicionados a temer los nacimientos y se imaginan las peores complicaciones posibles. Mi parto en Hilltop² tuvo una sola: el estado de Nueva York.

² N. de la T.: Hilltop, el nombre de la colina, en castellano quiere decir “la cima de la colina”.

Katsi Cook (Mohawk) – “The Coming of Anontaks”

That time, we were living in the Adirondack Mountains in Mohawk territory. We lived on top of a steep hill in a cabin overlooking a wide, long valley and we were surrounded by wilderness for miles and miles. We had no running water or electricity. We used kerosene lamps and burned wood for cooking and heat and we hauled our water with a shoulder yoke in two five-gallon buckets from the stream down the hill. We lived in that place throughout my pregnancy and a cycle of seasons. In the fall, we cut wood. In the winter, the old logging road to our house got blocked by heavy snows and three, four times a week we walked the nearly two miles of deep snow with our two children to the country road below where our friends Sotsitsowah and Carol lived. In the spring and summer, fruits and berries were plentiful. Fresh mountain air and clean water nourished us.

We all felt privileged to live in a place which was a constant reminder of the spirit and power of the natural world. The demands of a lifestyle in harmony with the land were directly opposed to the demands made on our families to produce the oldest and largest international journal for native and natural peoples, *Akwesasne Notes*. There was a temperamental generator to maintain, mail runs to make, and we were entrenched in the continuing struggle of the Mohawk people of Akwesasne against the jurisdiction of New York State on our lands. Our men were always making trips to Akwesasne to participate in meetings and negotiations. Every issue of *Notes* carried the latest developments in a nation's struggle for sovereignty, which in the spring and early summer of 1980 was particularly tense. State police seemed to be everywhere, arresting Mohawk warriors. But by June 8, despite the political pressures and military threat our nation was enduring, my son, the porcupine, began to let me know he wanted to be born.

On June 8, it was a bright, clear day. All morning I had been outside chopping wood and turning the compost heap. By afternoon, I could feel a heavy, constant pressure through my abdomen and back. I was "ripe" and I felt as if I were carrying the baby between my knees. When I would sit down to rest, the pressure subsided. I watched my mucus when I went to the outhouse and I had seen two tiny spots of blood. Although "bloody show" is one of the signs of impending labor, I didn't get too excited because with my second child, Tsiorasa, I saw the same thing and he wasn't born until a week later.

In spite of the heavy pressure, I felt energetic. The moon was new. I decided I must be in the early stage of labor when I saw how hard my husband Jose was working. He was behaving like a bird making its nest. He was bringing up his fourth load of water when the sweat really broke out on him. It was a steep hill; "cardiac hill" we called it. He put the pails down and asked, "What do you think?"

"I'm losing my mucus plug."

"I had a feeling today was it," he said. "Take it easy."

"I feel full of energy, I can't sit still. Besides, it's hard to say. It could be three hours or three days. By the way, the porcupine was back last night. He chewed up a rug on the line and a chair on the porch. We'd better get a salt lick for him before he eats us out of house and home."

That evening, Sotsitsowah, Carol, and their two children, Charlene and Forrest, came up the hill for a visit. Luz and Mary, two friends, had also shown up that day to help me with the kids and the house while I gave birth. They were staying in the small cabin behind ours. We all sat at the table and laughed and joked and ate the big spinach salad I had made. Forrest wanted to know about the porcupine. We all started to talk about animals, about these woods that were their home, too. Pretty soon a big story developed about a giant porcupine.

The Adirondack Mountains are one of the areas of North America most affected by what is called "acid rain." This deadly rain is caused by the industrial pollution coming out of the

Literatura Norteamericana

smokestacks of the Midwest. The rains are carried by the westerly winds and fall on the Adirondacks. As a result, many of the lakes are being destroyed; fish are dying out. As with many other catastrophes plaguing modern existence, the fact of acid rain is something that we can contemplate seriously only by making humor of it.

That evening we evolved a tall tale. The acid rains were now discovered to be responsible for gene mutation among porcupines. Porcupines were growing into giants, with quills ten feet long. They were eating up the woods, impaling humans who got in their way and eating their way south to New York City. They were huge, with voracious appetites. Bark would not suffice them anymore . . . now they craved concrete. It was horrible!

"Forrest," Sotsitsowah said to his ten-year-old boy, "I hear one outside!"

Forrest looked up, his eyes wide. Then he covered his ears. "Cut it out! Stop this stupid story!"

We all cracked up.

I was laughing when I felt it—a small wave beginning in my pelvis and gripping around toward my lower back. Everyone at the table noticed the change in my face and, finally, the grip melted away as suddenly as it had come. One thing I knew: this was for real.

After everyone left, we made a fire and put the kids to sleep. I sat in my rocking chair. A steady pattern of contractions swept my abdomen. They were still light. We timed them and they were six minutes apart.

In bed, two hours later, I woke my husband. I couldn't sleep. The contractions were getting stronger and stronger. Jose fixed me a warm bath and an enema and stirred the fire. He went after the women in the other cabin.

It was a dark night and very still. There was a little path through the trees to the bunkhouse cabin. My husband walked slowly and then he heard him—the porcupine. He was chewing up a piece of wood by the door to the cabin. Jose turned off the flashlight and stood in the dark. If you've ever seen a porcupine up close, you know that you don't argue with them. They are slow, but they have long, sharp quills that can be very painful. Jose would tell me later that he could hear him chewing. He thought to get his gun, but then it didn't seem right, not that night with a birth coming.

"Porcupine!" Jose had called out, flashing his light on him.

Porcupine looked up, quills bristling.

"My wife is in labor and she needs those women to help her. Let me through!"

Porcupine backed off, slowly, then he turned and waddled off into the woods.

At the house, I was walking around in my robe. I had called my aunt on the reservation and asked her to send my sister Saka and my cousin Beverly up to help me. I tried to lie down but suddenly my body was overtaken by a chill and I couldn't get warm. I stood by the fire. The kerosene lamp threw a warm glow on the dark wood walls which soon became a mural of shadows of people moving, fixing tea and coffee, making preparations for the birth; a sense of expectancy loomed over everything.

I went back to bed to rest and stay warm. I felt good, and full. We had been waiting for our new little one for a long time. He would be our third child, and we knew exactly how we wanted things to be. We had prepared ourselves. We took care of our home; kept it clean physically, emotionally, and spiritually. Friends and family who would matter to our child and play a part in his upbringing would be there to welcome him into the world.

Literatura Norteamericana

During my pregnancy, an awareness of natural world ways was especially important to us. It was an integral part of my prenatal care. In the woods, you learn to pace yourself and hold on to your strength. You work hard and feel good and can't complain. You keep the senses and heart open and you learn the natural laws.

For example, unless you know the feeling of walking through pine to a clear, cold mountain stream for water to prepare your family's food and wash your children with, it might be difficult to appreciate the spirit and life water is. We did what we had been told by the Ottawa elder who had hand-carved our ash water yoke: "When you get the water, dip your bucket in the stream in the same direction as the water is flowing; out of respect for the spirit of the water, don't go against it."

Lying there, I thought of the waters of birth which had swelled inside me during pregnancy and now cushioned my little one in his passage. Even our daily activity of going for water had provided a truth which would assist me in the delivery of this baby. As wave after wave of contraction swept my back, abdomen, and pelvis, I worked to relax, to yield to the current, and let my cervix open. The worst thing a woman in labor can do is to tense up, to fight against the very muscles that exist to contract and expel the child.

An hour later, everyone arrived: my sister Saka, who attended the births of my other two children; her husband Ray; my nephew Rasennes; and Beverly, our cousin and a midwife. I could feel the arrival of the two women as they walked through the house and into the bedroom. It was like a caravan of two and all the spare energy of the house seemed to follow them in.

My labor intensified. Beverly checked me inside for dilation so I would have an idea of the progress I was making.

"You're eight centimeters, Kats," she announced. "The membranes are bulging."

My legs were trembling and I felt cold. Saka put warm socks on my feet and bundled me in her old housecoat. My six-year old daughter, Wahiahawi, who was also born at home and had participated in other births, walked into the room. She was rubbing her eyes and took my hand and said in a sweet voice, "Mommy, is the baby coming? Can I hold the flashlight when the head comes out?"

Outside my window, I could hear the porcupine chewing and pacing on the front porch. So he came back. I was thinking about the porcupine when the trembling in my legs spread to my whole body and I felt I needed to stretch. I got up and sat on the chamber pot near my bed. It felt good to squat through the contractions. For several hours I labored, alternating walking, lying down, and squatting on the pot. The pains were incredibly strong, and for a while, Saka helped me breathe through a few. I remembered her at Hawi's birth, kneeling next to me, tears in her eyes. She didn't know how to help. Since then, she had become a good labor coach. Now, her eyes commanded me to endure.

Beverly checked the baby's heartbeat and dilation of the cervix.

"You're fully, Kats," she said.

Jose sat on the bed in front of me and I knelt on the floor with my arms folded in his lap. Behind me, through the window facing east over the mist and mountains, you could see the sun coming up. Sotsitsowah had come and was outside burning Indian tobacco. With every contraction, I grasped my husband's firm shoulders and put the energy coming from my uterus into massaging him there. (His shoulders ached for days afterward.)

The contractions were powerful now and very painful. But they were also very, very short. As soon as I felt I couldn't bear it anymore, they would dissipate. This went on for a while until I caught myself and realized I was holding the baby up inside me. I was dreading the baby's passage

Literatura Norteamericana

through the bones. I felt like I would explode. So I talked to myself, "Let the baby move down, Katsi. Relax. Let go. Let the baby come down."

I said, "I'm going to break the waters."

For the first time, I pushed hard, and in the next contraction, the bag ruptured and clear water with bits of milky vernix made a pool in the blankets and pillow below me.

"All right!" Beverly said.

"I'm going to push the baby out!" I told myself out loud.

"Go ahead and push," Beverly said.

I had wanted to work the head out slowly, carefully, and guide it with my hands. But one huge contraction came and *whoosh!* I could feel the baby slide out of me into the pile below.

Beverly caught the dark round bundle.

"You got a boy, Kats," she said. "He's beautiful!"

I wept with joy and relief as I reached down through my legs to receive my new son. He was still connected to me through the umbilical cord. I got up on the bed and laid back and put him to my breast.

It was three hours after the birth. I had fallen asleep with my new son in my arms. I awoke to the phone ringing. It was one of our people from the Racquette Point Encampment on the St. Lawrence River. Her voice sounded very serious.

"The state police are building up again," she said. "They beat up some more people. They've also been working up that vigilante goon squad. We think they're trying to lay the groundwork for another attack. We need you to come down here right away."

The people were really in trouble that time. A siege against our traditional government by New York State troopers, one that lasted for nearly three years, was reaching a crisis. There was no doubt in my mind that I would follow my family to the reservation and settle in at my sister's house. I couldn't stay in the mountains wondering, worrying what would become of that day that had begun so preciously. We buried the placenta in the rich brown earth beneath a large cherry tree with the prayer that everything would go the right way on the reservation and that no life would be lost.

We gathered our family and made the trip out to the road and then the reservation.

In my community, I work as a midwife. So it is natural that occasionally people ask me, what happens when a complication arises at a birth? At those times, I can't help but smile to myself. Lots of people have been conditioned to fear birth and imagine the worst of all possible complications. My birthing at Hilltop had met only one: the state of New York.